

# ZENOBIA CAMPRUBÍ EN SU DIARIO DE ESTADOS UNIDOS

Emilia Cortés Ibáñez

Centro Asociado a la UNED (Albacete)

Al terminar el primer volumen del Diario —*Diario 1. Cuba (1937-1939)*— dejamos a Zenobia en La Habana, metida en un coche, dirigiéndose al puerto para embarcar en el *Numargo* con destino a Estados Unidos. En este segundo volumen —*Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*<sup>1</sup>— la reencontramos un día más tarde, el 29 de enero, domingo; algo importante ha cambiado en su vida: ahora reside en Miami. Esta ciudad no es Nueva York, ni París, ni Londres, lugares en los que deseaba ardientemente estar, pero, al menos, ha abandonado Cuba y decimos «al menos» porque frecuentemente manifestó este sentimiento a lo largo de su estancia en La Habana (Camprubí, 1991: 147).

---

<sup>1</sup> De la reseña se encargó Senabre (1995). Estamos ante un Diario de *expresión única* de escritor, tal y como Guillermo de Torre distingue y Romera Castillo (1981: 47) recoge.

Hay dos notas que destacan en este segundo volumen del Diario. La primera es la discontinuidad en la redacción<sup>2</sup>, a diferencia del anterior que únicamente está interrumpido en dos ocasiones y sólo durante dos días (Cortés Ibáñez, 1994: 198). Escribe con regularidad durante 1939 y 1940, pero, de 1941 a 1950, hay amplios periodos en los que no escribe absolutamente nada. El Diario, «confidencias matinales» (Camprubí, 1995: 223) como lo llama Juan Ramón, termina con cuatro tomas del año 1950.

El segundo punto que llama la atención es la lengua en la que está escrito: inglés y español. Un primer bloque, desde el 29 de marzo de 1939 hasta el 8 de julio de 1948, en inglés, salvo dos entradas (Camprubí, 1995: 245-48 y 303); a partir de la última fecha escribe en español, a excepción de dos o tres páginas. Explicamos el empleo de dos lenguas como medio de preservar su intimidad; cuando vive en Miami, lugar donde el español es muy frecuente, ella prefiere escribir en inglés<sup>3</sup> y en Washington lo hace en español<sup>4</sup>.

La autora, la mujer, es la misma del primer volumen, el escenario íntimo observable sólo por ella también es el mismo: su mente; en él aparecen deseos, pensamientos, sentimientos... que son dichos, contados

---

<sup>2</sup> En 1939 sólo falta un día —13 de octubre— a su cita con el Diario. En este año, hay que señalar algunos puntos del tratamiento temporal: con fecha 28 de julio cuenta lo que ocurrió el 27, y que no había incluido en lo escrito ese día; comienza con el adverbio temporal «ayer». La entrada del día siguiente, 29, la termina con «Todo esto fue ayer»; y en lo escrito el 30 del mismo mes aclara: «Todo esto sucedió ayer». Podemos interpretarlo como falta de interés en el presente o en el pasado reciente, inmediato, según cuando sea el momento de la escritura.

En 1940 escribe de manera discontinua; de algunos meses de este año sólo recoge un día —junio, diciembre— y de otros absolutamente nada —mayo—. En el mes de agosto y durante un viaje, se equivoca en la fecha y escribe: «Me adelanté un día al escribir los diarios que siguen [...]» (Camprubí, 1995: 217).

En 1941 y 1942 no escribe y en 1943 sólo hay dos entradas. En 1944 recogió cinco días: 3 de enero, 13 y 25 de agosto, 4 de septiembre y 15 de noviembre; fechas muy distanciadas para tratarse de un Diario. 1945 es un año un tanto irregular en la elaboración del mismo: de enero a mayo (Camprubí, 1995: 253-98) escribe casi cada día; en el mes de junio sólo hay tres entradas; las de julio son tipo telegrama; y de agosto a diciembre, más que un Diario, son apuntes (Camprubí, 1995: 300-304).

Durante 1946 y 1947 Zenobia no escribe. En 1948 sólo lo hace seis días del mes de julio. En 1949, cinco días; pasa sin escribir los meses de agosto —excepto dos fechas—, septiembre y octubre.

<sup>3</sup> No obstante continuó con esta lengua cuando ya estaban en Washington, aunque el total de páginas escritas, setenta y siete (Camprubí, 1995: 227-304), no es demasiado elevado.

<sup>4</sup> Palau de Nemes (Camprubí, 1991: xvi-xix) incluye también razones psicológicas: el reencuentro con la tierra norteamericana le hace revivir su parte americana; mientras que, cuando está en Washington, es la cultura y la lengua hispánicas lo que añora.

por ella pero nunca mostrados, ya que no pueden serlo (Castilla del Pino, 1996: 19). Los años transcurren y dejan huella tanto en Zenobia como en Juan Ramón. Al principio del Diario se observa que, en ocasiones, al igual que ocurría en Cuba, la relación entre ambos es algo tensa:

(Muy reposados, pese a la desavenencia entre J.R. y yo.) Esta noche las cosas entre los dos llegaron a su punto culminante y me negué a alquilar el apartamento del centro que él quería por cuatro meses porque me volvería loca si tuviera que soportar esta disputa un mes más (Camprubí, 1995: 5).

Pero el tiempo pasa y el temperamento de los dos se va calmando, según la propia Zenobia reconoce:

La verdad es que en todo momento J.R. no pensaba más que en hacer lo mejor posible para los dos y especialmente para mí. Si hubiéramos hecho esto desde que nos casamos habría sido mejor para los dos. Probablemente la juventud es demasiado arrebatada y egoísta y los años tienen que templarle a uno (Camprubí, 1995: 247).

La condición de *emigrantes* (Camprubí, 1995: 221) de Zenobia y Juan Ramón; los apuros económicos<sup>5</sup> contra los que ella se ve obligada a luchar diariamente; la delicada salud del poeta y su talante pesimista; el tener que residir en puntos geográficos y en casas que no son de su agrado; la consecuencia de esta situación: falta de relación con personas interesantes o, cuando menos, del mismo nivel cultural; la guerra civil española; el ir perdiendo a sus seres queridos...; todo ello va calando en su alma, y en 1940 escribe: «[...] en los últimos cuatro años he estado estancada con un sentimiento de fracaso y de pesimismo desmoralizador» (Camprubí, 1995: 214). No pasemos por alto que en esta afirmación están incluidos los años vividos en La Habana. El transcurrir del tiempo también se refleja en el poeta, Zenobia lo muestra así:

Cuando lo vi a lo lejos caminando por los pasillos, parecía más viejo; me di cuenta de que la guerra y el exilio que han ampliado sus horizontes también lo han envejecido (Camprubí, 1995: 164).

---

<sup>5</sup> Éste es un tema recurrente, muy frecuente a lo largo de todo el Diario. Sólo indicamos algunas páginas a título de ejemplo (Camprubí, 1995: 34, 46, 48, 140, 142, 143, 153, 171, 182, 200, 221.22, 244-46, 339, 342, etc.).

---

Ya vimos, al detenernos en el análisis del anterior volumen, que la redacción del mismo fue para Zenobia «un instrumento de supervivencia» (Cortés Ibáñez, 1994: 194-95) que le servía para desahogarse<sup>6</sup> en el tórrido aislamiento de La Habana. Los dos primeros años de este segundo volumen están escritos en Miami y su clima, tan similar al de Cuba, angustia a Zenobia igual que lo hacía el de la isla (Camprubí, 1995: 6-7); vive en La Florida cuando escribe: «Sola en el porche, me sentí abatida y lloré, lo cual me alivió» (Camprubí, 1995: 12)<sup>7</sup>. No obstante, su estancia en la península resulta más llevadera debido a los intermitentes viajes que realiza a Nueva York, donde se reúne con sus familiares, sobre todo con su hermano Jo, y amigos. El 9 de julio de 1940 Zenobia escribe:

Empiezo este diario, o mejor dicho, lo renuevo. Sin intención de expresar lo mío, pero para ayudarme a salir de este pantano de ociosidad en que estoy sumida por una temperatura de 88 grados y la falta de ocupación habitual. Hoy me he puesto a pensar que debo tener algo que decir y que eso me animará a continuar. No creo que quedarme aquí asándome vaya a conseguir que haga el trabajo de J.R., por eso me irrita más la inutilidad de mi propia existencia en este momento (Camprubí, 1995: 209).

De todo ello deducimos puntos importantes: total reserva de Zenobia en torno a su vida íntima<sup>8</sup>: «Sin intención de expresar lo mío [...]»; estado de ociosidad, no de aburrimiento —entendemos que esta palabra no existe para la activa Zenobia—, por las altas temperaturas y la falta de trabajo; se «agarra» a la redacción del Diario porque la «animará a continuar». Recogiendo las palabras de Blanchot (1996: 5), Zenobia «escribe para no perderse en la pobreza de los días».

El motivo del Diario está claro: servir de aliciente en su monótona estancia en Miami. Y no hay duda alguna en torno a esta afirmación porque, cuando abandonan La Florida, el rasgo más destacado del Diario es su discontinuidad debido, precisamente, a que la vida de

---

<sup>6</sup> Son varios los puntos coincidentes entre Zenobia y Amiel. Éste piensa que el Diario es «un desahogo psicológico, un solaz, una golosina, una actividad perezosa, una falsa apariencia de trabajo» (Amiel, 1996: 108).

<sup>7</sup> Aunque debemos reconocer que de este estado anímico también es responsable el no encontrarse bien físicamente.

<sup>8</sup> Afirmación que se ve reforzada por el hecho de que en ninguno de los dos volúmenes haga referencia a la historia, o al menos a la figura, de Marga Gil Roëssert, de reciente aparición en la prensa (Berasátegui, 1997), y que tanto perturbó a la pareja. La misma reserva se da en sus cartas (Cortés Ibáñez, 1996). Observamos alguna excepción en esta reserva (Camprubí, 1995: 198, 327, etc.).

Zenobia ha cambiado y su necesidad de desahogo a través de la escritura no es imperiosa, como lo fue en etapas anteriores. También encontramos algunos de los motivos indicados por Girard (1996: 34) —«El deseo de vivir y de tener una personalidad, a pesar de la disolución permanente del yo, la sed de ser feliz sobre un fondo de angustia [...]»— cuando leemos pasajes como éste:

[...] yo debería estar acostumbrada a la desilusión. Allí, sentada junto al mar, se me vino encima la vida entera y la idea de la anulación gradual de mi personalidad en todo lo que no sea ayuda para los objetivos de J.R. [...].

Pensamos que en el Diario, en los dos volúmenes, también se manifiesta la interrogación de Zenobia ante su nueva posición en el mundo (Girard, 1996: 35), ante su situación de emigrantes que, en cierto modo, la aboca a una etapa de crisis.

Las frecuentes interrupciones que se dan a lo largo del Diario abarcan días, meses e incluso años, tal y como hemos indicado<sup>9</sup>, con lo que este volumen está dentro del «diario íntimo típico», que muestra May (1982: 172), precisamente por interrumpirlo y retomarlo después de intervalos temporales. En 1940 Zenobia comienza el año con gripe, la cual, unida a las secuelas, no le permite escribir más de catorce días. Otras veces —febrero— no escribe porque no ha habido «nada peculiar» (Camprubí, 1995: 186) o porque su estado anímico de abatimiento o desilusión —marzo— no se lo permite. Cuando, después de unos meses, reinicia la escritura no puede evitar hacerlo con digresiones en las que incluye lo más llamativo del pasado no recogido: viajes, su decisión de estudiar en la Universidad y la salud de Juan Ramón como freno a este plan (Camprubí, 1995: 221).

La siguiente interrupción importante, que dura más de dos años y medio —1941, 1942 y hasta noviembre de 1943—, la obliga a escribir: «sentí mucho haberlo abandonado» (Camprubí, 1995: 227), refiriéndose al Diario. En esta ocasión expresa de manera directa el motivo del reinicio: «Voy a reconstruir, para una futura lectura, algunos de los eslabones que faltan» (Camprubí, 1995: 227), palabras que sirven de introducción

<sup>9</sup> En una ocasión, al igual que ocurre varias veces en el volumen primero (Cortés Ibáñez, 1994: 198), la interrupción se produce por motivos ajenos a la voluntad de Zenobia y poco después continúa en el punto en que se quedó (Camprubí, 1995: 84-5). No recuerda qué iba a decir, pero «probablemente», tal y como indica, se refiera a Juan Ramón, eje principal de todos sus pensamientos.

a una amplia digresión (Camprubí, 1995: 227-36) en la que recoge todo aquello que más le ha afectado y, así, reconstruye parte de ese pasado que no ha recogido en su Diario<sup>10</sup>. Lo que escribe en este 15 de noviembre, más que un Diario, o al menos el Diario al que nos tiene acostumbrados, es un fragmento narrativo. Escribe con perspectiva, por lo que la narración gana en «amplitud y riqueza valorativa» (Romera Castillo, 1980: 53). Destaca los acontecimientos que tienen una cierta importancia en la vida de la pareja<sup>11</sup>: traslado a Coral Gables —en 1939—, compra de un coche, estudios de Zenobia en la Universidad, enfermedad de Juan Ramón, estancia en Nueva York y asistencia a un concierto de Toscanini —1940—, compra de un chalé... (Camprubí, 1995: 228-36). El carácter narrativo del texto le lleva a algún caso de *prolepsis* (Camprubí, 1995: 232), extremo de todo punto impensable en un Diario y muestra, por otra parte, de autor omnisciente que es en lo que Zenobia se ha convertido en este texto narrativo. Hay que señalar un dato importante: se trata de una «reconstrucción», tal y como la autora indica, y para llevarla a cabo se apoya en las notas, en las fechas recogidas en su agenda (Camprubí, 1995: 227-28), cuya existencia es prueba de la previsión, orden y organización de su dueña<sup>12</sup>. El fragmento, al que venimos refiriéndonos, tiene como eje a Juan Ramón, su delicada salud y termina con dos acontecimientos especialmente dolorosos para la pareja: la muerte de Jo, el hermano favorito de Zenobia, en Nueva York; y la de Eustaquio, hermano del poeta, en Moguer (Camprubí, 1995: 235). Y «Después de eso, la vida se hizo insoportable» (Camprubí, 1995: 235-36).

Se interrumpe la escritura y los recuerdos de Zenobia<sup>13</sup>, que quedan cortados, ya no volverán a ser retomados cuando veinte días más tarde continúe su Diario; el motivo lo indica:

Son tantos los deseos que tengo de escribir sobre el presente que debo interrumpir la reconstrucción de los sucesos pasados [...] (Camprubí, 1995: 237).

<sup>10</sup> Existe alguna otra digresión (Camprubí, 1995: 103) pero nunca de esta extensión.

<sup>11</sup> Hay que señalar que, al hacer recapitulación de acontecimientos, no se limita a recoger lo ocurrido en 1941-1943, sino que retrocede más en el tiempo, llega, incluso, a 1939. Por ello se aprecia más que estamos fuera del texto del Diario propiamente dicho.

<sup>12</sup> Dos años más tarde, en 1945, el Diario lo escribe en una agenda para ese año (Camprubí, 1995: 253-304).

<sup>13</sup> Gracias a la nota aclaratoria —n.º 20— de la editora Graciela Palau de Nemes (Camprubí, 1995: 236) sabemos que Zenobia y Juan Ramón estuvieron en la Universidad de Duke, de mayo a julio; en agosto, en Washington, ciudad en la que se asentaron definitivamente en noviembre de 1942.

Y lo que da alegría al presente es lo animado que se encuentra Juan Ramón ante el trabajo de creación (Camprubí, 1995: 237-38); curiosamente, el poeta comienza a escribir su Diario, para lo que cuenta con la ayuda de Zenobia.

Después de la interrupción de 1944, que dura del 3 de enero hasta el 13 de agosto, la autora reinicia la escritura diciendo: «En mi estado presente no voy a reconstruir el pasado» (Camprubí, 1995: 242). Creemos que su «estado presente» queda aclarado cuando en unas líneas más adelante dice: «[...] estamos atravesando una de las épocas más deprimentes, en que J.R. se niega a pensar o resolver cualquier dilema, y tiende solamente a seguir la línea de menor resistencia [...]» (Camprubí, 1995: 243). La última entrada de este año está provocada por un sentimiento de felicidad; leemos una frase no muy frecuente en Zenobia: «Hoy ha sido un día tan feliz que debo ponerlo por escrito» (Camprubí, 1995: 248). Esa felicidad se la han proporcionado unos regalos de Juan Ramón: una cartera para meter sus papeles, cuando vaya a la Universidad de Maryland a dar clases, y, además, una maleta «de lo más elegante, con un forro encantador» (Camprubí, 1995: 248). Pero no pasemos por alto que esta entrada, y por lo tanto el año, termina con: «¡J.R. estaba tan contento!» (Camprubí, 1995: 249); con ello se muestra una vez más lo que ya conocíamos y que quedó claro en el primer volumen del Diario: el gran amor de Zenobia a Juan Ramón (Camprubí, 1995: 336) que, en infinidad de ocasiones, se manifiesta a través de la ternura (Camprubí, 1996: 188, etc.)

Para las interrupciones de 1945 Zenobia no da ningún tipo de aclaración. Entendemos que anímicamente se encuentra bien y no necesita el desahogo que le brinda la escritura. Para llegar a esta afirmación también nos hemos apoyado en el hecho de que éste es el único año (Camprubí, 1995: 253-304) en el que las entradas de sábados y domingos las hace en una sola, de manera conjunta, sin delimitar qué ocurrió un día y qué el otro. Ello nos hace pensar que Zenobia vive el fin de semana como una unidad, como bloque o eslabón dentro del periodo temporal y que, debido a lo animada que está, no necesita refugiarse en el Diario. Se siente bastante feliz: «Me encanta mi doble vida: la mitad en la universidad y la otra mitad dedicada a la vida doméstica» (Camprubí, 1995: 264).

Una explicación similar encontramos ante las interrupciones y, en ocasiones, falta de escritura que aparecen a lo largo de 1948, año en el que la última entrada muestra una Zenobia feliz: «¡Qué viaje tan maravilloso! J.R. está espléndido. Todo es optimismo» (Camprubí,

---

1995: 311). El primer día recogido en 1949 —14 de julio— comienza refiriéndose al poeta y su estado anímico: «Al ver a J.R. tan contento, yo me siento satisfecha también» (Camprubí, 1995: 315). El siguiente día que recoge es el de su 62 cumpleaños —31 de agosto—: «Un día en que me he sentido completamente feliz sin una sola falla. [...] Un día perfecto» (Camprubí, 1995: 331-32). La interrupción de este año dura los meses de agosto —excepto dos fechas—, septiembre y octubre, y el motivo de la misma lo incluye: «[...] probablemente por estar cansada físicamente de una vida tan llena y variada como hemos llevado últimamente» (Camprubí, 1995: 335). Por fin Zenobia siente que su vida está llena, es feliz<sup>14</sup>. Hay una diferencia notable entre este sentimiento y los que la embargaban mientras vivió en La Habana.

Después del 23 de octubre de 1949 retoma el Diario el 14 de febrero de 1950 y, de nuevo, lo hace recogiendo lo más significativo de ese pasado: su ajustado presupuesto (Camprubí, 1995: 339-40) y la «rutina empobrecedora» (Camprubí, 1995: 342) a la que se ven abocados por su economía. Del último día que incluye este segundo volumen —17 de marzo— tomamos el siguiente fragmento, que pone de manifiesto el sentir de Zenobia: «Me preocupa nuestro porvenir cuando seamos demasiado viejos para seguir en la Universidad. Hay que pensar en soluciones posibles [...]» (Camprubí, 1995: 343).

El punto de vista del Diario es múltiple (Caballé, 1995: 53-4); Zenobia no puede sustraerse a los impactos causados por la salud, actitud ante la vida y estado anímico de Juan Ramón (Camprubí, 1995: 341). Puntos todos éstos que preocupan e influyen en el alma de Zenobia para lograr la paz y felicidad. Los dos son opuestos; mientras que él ama la soledad, el aislamiento (Camprubí, 1995: 33, 35, 57, 65, 154, 155, 204, 205, 228, etc.) y la vida pasiva, ella necesita compañía y actividad a su lado (Camprubí, 1995: 127, 169, 217-20, etc.), bien entendido que no carece de una rica vida interior, que es lo que en realidad la mantiene viva y, además, hace que no se sienta plenamente realizada en el contexto social en que vive y que, como consecuencia, se refugie en el espacio cerrado de su Diario (Caballé, 1996: 100). La oposición entre Zenobia y Juan Ramón también aparece incluso en temas tan importantes como el de Dios:

<sup>14</sup> Aquí recordamos lo que Amiel (1996: 79) incluye en su Diario: «Falsedad del diario íntimo. No dice toda la verdad; refleja los desánimos, desfallecimientos, repugnancias, debilidades, más que los momentos de felicidad [...] Es confidente del sufrimiento y no de la felicidad [...]». Y, en realidad, el de Zenobia recoge más momentos amargos que felices —pensamos que su vida fue así—.



Ayer me rebelé contra uno de los «aforismos» de J.R. Dijo que «en su aburrimiento el hombre inventó a Dios». De ningún modo. Cuando el hombre se vio vencido después de pelear por todo lo que más valía, se volvió a Dios para que lo ayudara cuando ya él no podía ayudarse más (Camprubí, 1995: 56).

Entresacamos de este fragmento dos palabras que se aproximarían a la definición de ambos: «aburrimiento»-J.R., «pelear»-Zenobia. Líneas más adelante, Zenobia completa la opinión vertida cuando dice: «“Dios está con nosotros” y pensé que el hombre inventó a Dios no solamente cuando lo necesitó sino cuando le estuvo agradecido» (Camprubí, 1995: 58).

Además de Juan Ramón, hay otro punto que incide fuertemente en Zenobia, en su logro de paz y felicidad: el lugar geográfico en el que viven. Ella necesita relacionarse, hablar, tener una vida social con gente de su mismo, o similar, nivel cultural; esto no lo consiguió en Cuba o, quizás, sólo en algunas ocasiones; lo mismo ocurrió en La Florida: «La absoluta escasez de personas afines en Miami es espantosa» (Camprubí, 1995: 96). De aquí detesta hasta la música que emite la radio: « [...] para evitar la odiosa música barata que parece estar siempre en las ondas: España, Cuba, Los EE.UU. como si fuera un mal olor» (Camprubí, 1995: 28).

Cuando Zenobia escribe en 1943, la pareja ya está asentada en Washington, un «cambio importante» en su vida, tal y como ella misma indica (Camprubí, 1995: 227), además, ha pasado los últimos meses viajando y acompañando a Juan Ramón en las conferencias dadas en la Universidad de Duke, siempre alejada de Miami... Observemos que los pasajes, que hemos recogido, en los que confiesa ser feliz (Camprubí, 1995: 248, 249, 264, 286, 311, 315, 331-32, etc.) corresponden a su estancia en Washington, bien entendido que aquí también atraviesa etapas de dolor y sufrimiento debido al estado de Juan Ramón. Pero es una mujer positiva y se adapta a todo con facilidad (Camprubí, 1995: 75), cualidad que destaca mucho más por lo difícil del temperamento de Juan Ramón (Camprubí, 1995: 4, 7, 13, 84-5, 207, 211, 258, etc.).

Su estancia en La Florida la consideramos como un intermedio entre la asfixia espiritual que siente en Cuba y este otro tipo de vida, más acorde con sus gustos y necesidades, que le permite vivir inmersa en el mundo de la cultura y relacionarse activamente con personas de su gusto. Durante la estancia en Miami escribe: «Amo al prójimo, pero

necesito expansionarme con alguno de mi clase» (Camprubí, 1995: 13); «Más que nada, me hacen falta personas de cierta clase» (Camprubí, 1995: 213). Realmente, la vulgaridad le resulta difícil de aceptar: «Él comió como un cerdo, hasta gruñía y le dio hipo [refiriéndose a un conocido]» (Camprubí, 1995: 260). Juan Ramón amaba Coral Gables (Camprubí, 1995: 220-21) pero ni en este lugar, ni en Riverdale Zenobia fue feliz:

Viéndolo tan contento me consuelo de lo poco que me gusta este barrio y menos la idea de envejecer en él, porque está tan lejos de mi ambiente natural o tal vez debiera decir acostumbrado, la gente que aquí conozco, que me da un poco de pánico pensar en tener las fuerzas disminuidas y verme encerrada aquí (Camprubí, 1995: 336).

El Diario termina, precisamente, con una evocación de Riverdale, sacada del Diario de 1953, con la que la editora da fin a esta segunda entrega:

No quiero acordarme de los últimos días trágicos de Riverdale. J.R. siempre en hospitales adonde yo iba al terminar mi trabajo en la Universidad (Camprubí, 1995: 344).

Por todo ello podemos decir que, hasta el final de este volumen, los lugares en los que Zenobia se sintió más feliz, desde que salieron de España en 1936<sup>15</sup>, fueron Nueva York y Washington; y no es difícil afirmar que es por el tipo de vida que estas ciudades le permitían llevar.

Zenobia conoce muy bien a Juan Ramón (Camprubí, 1995: 57, 61, etc.), le preocupan sus etapas de creación (Camprubí, 1995: 150) y siempre ha sido consciente de la importancia del trabajo del poeta al que ayuda y con el que colabora constantemente (Camprubí, 1995: 171, 178, 179, 195, etc.) de manera gustosa: «Trabajé mucho con J.R. antes y después. Estas horas son las más felices» (Camprubí, 1995: 292). Juan Ramón depende de ella (Camprubí, 1995: 68, 77, 85, etc.) prácticamente en todo y Zenobia es consciente de que su incondicional ayuda no es positiva: «[...] mientras más lo protege una, a la larga

---

<sup>15</sup> Cuando abandonaron España lo hicieron con pasaporte diplomático y Juan Ramón fue nombrado Agregado Cultural Honorario de la Embajada de España en Washington (Camprubí, 1995: 142, Nota 193).

es peor para él, pues le impide desarrollar sus propias defensas» (Camprubí, 1995: 84-5). Esta dependencia es mucho más fuerte en EE.UU. debido a que Juan Ramón no habla inglés (Camprubí, 1995: 228); a esto se une el que el poeta va envejeciendo y, cada vez, la necesita más. En ocasiones, y debido al temperamento egoísta de él (Camprubí, 1995: 13, 25, 93-4, 180-81, 196, 205, etc.), Zenobia llega a exasperarse (Camprubí, 1995: 196). Ello ocurre, sobre todo, durante su estancia en Miami; ya que una vez en Washington y teniendo su trabajo ya no se siente tan angustiada. Para ella, tal y como afirma, es importante descubrir que «tengo más capacidad que la que me atribuyo» (Camprubí, 1995: 189), lo que prueba que es una persona sincera. No obstante, en Zenobia no se da el cambio profundo en la concepción que tiene de sí misma, al que se refiere Girard (1996: 32), y es que en el Diario no se ha dado el paso de la intimidad a la publicación.

Es una mujer inteligente y, por lo tanto, consciente de su sacrificada vida; se ha prestado a ella, tal y como recogimos (Cortés Ibáñez, 1994: 193); tiene una visión muy clara de la relación que existe entre ambos:

Lo más probable es que J.R. estuviera muerto o completamente loco de haber seguido su suerte, pero el día en que unió su destino al mío, cambió ese fin. Después de todo, yo soy en parte dueña de mi propia vida y J.R. *no puede* vivir la suya aparte de la mía. Y yo no acabo de ver ningún ideal por el que valga la pena dar la vida, pese a todo lo que se proclama. En esta empresa nuestra, yo siempre he sido Sancho (Camprubí, 1995: 21).

Con su actitud diaria siempre llena de sacrificios —muestra de su amor al poeta (Camprubí, 1995: 42, 105, 108, 110, 119, etc.)— hace que se destaque más la figura de Juan Ramón (Camprubí, 1995: 4). Viven todavía en Miami cuando escribe:

[...] y sobre todo la idea de que cuando J.R. quiere algo no importa lo útil, siempre estoy dispuesta a hacer sacrificios para que él pueda tenerlo, mientras que cuando yo quiero algo, aunque sea la cosa más mínima, si implica cooperación de su parte, basta que yo lo quiera para que él quiera lo contrario. No se le ocurre ni pensar que pueda sacrificarse para complacerme. Sin embargo, da por sentados todos mis sacrificios y los olvida tan pronto que no cuentan para nada (Camprubí, 1995: 180-81).

Ya sabemos que Zenobia no es una mujer exigente y son las pequeñas cosas las que la hacen feliz: «un pequeño vaso con un adorno amarillo y la forsitia», que el poeta ha dejado sobre su escritorio (Camprubí,

---

1995: 278); la bienvenida que le da Juan Ramón al llenarle la casa de lilas y que hace que Zenobia confiese: «Estamos encantados de estar juntos otra vez» (Camprubí, 1995: 286). Estos hechos le dan felicidad por partida doble: porque provienen de Juan Ramón y porque ama las flores, punto éste que queda probado a lo largo del volumen (Camprubí, 1995: 195, 201, 212, 291, 293, 295, 308, 317, etc.).

En el Diario observamos un cierto desorden, claramente explicado por la inmediatez de los acontecimientos recogidos en la escritura, la cual está marcada por el discurso vital de la autora (Caballé, 1995: 54); a excepción de los pasajes indicados, en la obra sólo hay perspectiva de lo cotidiano. Al igual que ocurrió en el volumen anterior, Zenobia es exacta y precisa, ofreciendo gran cantidad de detalles de todo tipo, incluida la debilidad del poeta por las corbatas (Camprubí, 1995: 10, 11, 16, 23, 31, 40, 44, 52, 70, etc.); y estos detalles<sup>16</sup> son los que dan una atmósfera especial al Diario (Caballé, 1996: 104) y muestran que éste está abierto a «cualquier cosa» (Didier, 1996: 39), además de dilatar el tiempo y aportar una dimensión intrahistórica (Muñoz Millanes, 1996: 141-46). Hasta hay algún pasaje en el que incluye todas las tareas realizadas a lo largo del día, para lo que se sirve de enumeraciones, siempre con estructuras sintácticas rápidas, de corta extensión, yuxtapuestas (Camprubí, 1995: 210), con lo que la técnica lingüística empleada colabora en mostrar la actividad de Zenobia (Bou, 1996: 134). Algunas de las tareas consisten en sus avances culinarios, indicando, incluso, el menú (Camprubí, 1995: 14, 55, 124, 155, 11, etc.), ahora que se ve obligada a cocinar —en Madrid tenía servicio y en Cuba vivían en un hotel—, aunque ésta no es la actividad que más la divierte. En una de las entradas hace una lista numerada de cosas que quiere «comenzar a hacer enseguida», y que son tan variadas como: «Clase de cocina», «Decoración» o «Tratar de escribir para ganarme la vida» (Camprubí, 1995: 151), que, por otra parte, muestran la faceta organizadora de Zenobia. Y todos estos detalles domésticos, cotidianos quedan recogidos en el espacio íntimo, transformados, trascendidos de su propia vacuidad, vertebrados por el paso del tiempo (Caballé, 1996: 102-103).

Con Zenobia asistimos a sus aniversarios de bodas —2 de marzo— (Camprubí, 1995: 22, 193, 274); a su cumpleaños —31 de agosto—, almorzando «a lo grande», como le gusta, en el Butler Hall de Nueva

<sup>16</sup> El detalle no es privativo de Zenobia; Amiel (1996: 115) reconoce estar perdido en él.

York (Camprubí, 1995: 109); al recibir alguna sorpresa de Juan Ramón (Camprubí, 1995: 301); o a la preparación de los regalos de Navidad (Camprubí, 1995: 147, 170), fechas que le producen tristeza por el aislamiento en que se encuentran (Camprubí, 1995: 168-69).

Las rememoraciones de hechos y situaciones especialmente dolorosos se convierten en tema recurrente: el saqueo de su casa de la calle Padilla de Madrid (Camprubí, 1995: 66, 76, 77, 87, 90, 91, 92, etc.); el muy frecuente de la guerra civil (Camprubí, 1995: 11, 13, 15, 20, 22, 25, 26, etc.); y las alusiones a la política española (Camprubí, 1995: 147, 148, 165, 241, etc.). Todo ello, en ocasiones, deriva en reflexiones: «Los políticos convirtieron nuestra vida en un infierno, porque J.R. se entusiasma y no sabe hacia dónde van hasta que es muy tarde» (Camprubí, 1995: 165); reflexiones que, por otra parte, ilustran la figura del poeta y dejan entrever la línea de la autora (Camprubí, 1995: 43) y sus sentimientos:

El hecho es que siento rencor respecto a la mayoría de mis paisanos que han recibido mucho de mí sin devolverme gran cosa (Camprubí, 1995: 69).

No obstante, se da una «nivelación de los acontecimientos» a lo largo de la escritura (Caballé, 1995: 55).

Este volumen aporta información sobre temas no aparecidos en el anterior. En el redactado en Cuba, Zenobia hablaba de las depresiones y enfermedades del poeta, sin aludir a las propias. No ocurre lo mismo en esta segunda entrega; tiene algunos años más y aparecen achaques: eczema en las manos (Camprubí, 1995: 57, 59, 69, 73), por lo que Juan Ramón, en algunas ocasiones friega los platos, actitud que enriquece la figura del poeta; problema de encías, artritis, problemas en la rodilla, un lipoma en el vientre que padecía desde joven, molestias en la vista (Camprubí, 1995: 69, 70, 118, 120, 318). Además de mostrarse interesada por las revisiones ginecológicas preventivas del cáncer (Camprubí, 1995: 71), lo que la lleva a visitar la consulta de la Dra. Macfarlane (Camprubí, 1995: 129-30), pionera en la investigación del cáncer femenino.

De Juan Ramón no sólo tenemos noticia de su estado anímico y espiritual (Camprubí, 1995: 236, 243-46) sino también de su anemia, constante cansancio, lumbago, colitis, vómitos, enfriamiento, fiebre y problemas con un brazo (Camprubí, 1995: 92, 119, 131, 141, 222-23,

230-31, 242, 154). Es tan infrecuente encontrar bien a Juan Ramón que no podemos evitar recoger esos momentos: «está muy bien moralmente y contento que es lo principal» (Camprubí, 1995: 311); durante su estancia en Buenos Aires: [...] J.R. está convertido aquí en un Gandhi [...] y en un Frank Sinatra» (Camprubí, 1995: 333). Cuando el poeta se encuentra menos deprimido lo manifiesta: «Me dice cuánto disfruta y cuánto le ayudo y: “Habla un poco conmigo que después de muertos ya no podremos hablar”» (Camprubí, 1995: 296), muestra esto último de diálogo reconstruido.

El hecho de ser una pareja conocida hace que se relacionen con muchas personas, la mayoría bastante conocidas también, por lo que, tal y como Lejeune (1996: 59) afirma, resulta más fácil seguir su vida. Zenobia recoge toda esta actividad y por ello este volumen, al igual que ocurrió con el anterior (Cortés Ibáñez, 1994: 197), es, en parte, una crónica social con la aparición de figuras tan destacadas como A. Machado, José Gaos, Besteiro, García Lorca, Unamuno, Rusiñol, Hitler, Franco, Mussolini, Eugenio Florit, Dulce María Loynaz, Thomas Mann, Jiménez Fraud, etc. (Camprubí, 1995: 20, 22, 24, 29, 53, 42, 47, 39, 83, 190, 297, 310, etc.). En ocasiones se incluyen elementos atemporales, como ocurre con la conferencia de Zamora Vicente a la que califica de «lamentable y aburrida» (Camprubí, 1995: 181). Otras veces el objeto de la crítica es el mundo americano —EE.UU.—: lo artificial y nuevo que es; sus intereses económicos planeando sobre los demás países; las nuevas construcciones de viviendas familiares, llamadas «Gallinópolis» (Camprubí, 1995: 50, 133) por Juan Ramón; y su tipo de sociedad (Camprubí, 1995: 38, 39, 50, 96). Esta crítica, en alguna ocasión, se hace extensible a España, a la vida «vacía y llena de pequeñeces» de Sevilla (Camprubí, 1995: 44), o a la visión negativa que Zenobia tiene de las mujeres de su edad (Camprubí, 1995: 161).

La autora, empedernida lectora<sup>17</sup>, alude a revistas y periódicos, la mayoría de ellos muy conocidos: *Virginia Quarterly Review*, *Life*, *Vogue*, *Time*, *Mein Kampf*, *La Prensa* —de Jo Camprubí—, *ABC de Sevilla*, *Nosotros*, *Heraldo de Aragón*, etc. (Camprubí, 1995: 21, 25,

---

<sup>17</sup> Tal y como indica la editora, Zenobia suele leer libros acabados de publicar (Camprubí, 1995: 30, 34, 38, 42, 89, 191, 213, 234, 244, 272, etc.), aunque con alguna excepción (Camprubí, 1995: 19). La lectura la transporta a tiempos pasados, como ocurre con *This is my Story*, de Eleanor Roosevelt (Camprubí, 1995: 37). Podemos afirmar que, en general, los autores que lee son extranjeros, sobre todo americanos; por señalar alguno de los más conocidos: Hemingway, Malraux, Maurois, etc.

54, 56, 65, 67, 69, 89, etc.) y, en alguna ocasión, deja entrever la censura existente en estos medios de comunicación (Camprubí, 1995: 73). Por la pluma de Zenobia también tenemos noticia de hoteles, restaurantes y clubs<sup>18</sup>. Aficionada al cine, incluye alguna de las películas del momento (Camprubí, 1995: 32, 106, 111, 130, 169, 285, etc.), con actrices como Greta Garbo. De sus asistencias al teatro recoge algunos títulos: *Historias de Filadelfia* con Katherine Hepburn, o *Roberta* con Fred Astaire y Ginger Rogers (Camprubí, 1995: 135, 293). La música se deja sentir a lo largo del Diario, por los conciertos que, con frecuencia, Zenobia y el poeta escuchan en la radio los sábados, o cuando asisten a los mismos, sobre todo en Nueva York.

En el anterior volumen del Diario ya conocimos la faceta viajera de la autora que, en el presente, se amplía. Con ello nos muestra características de su personalidad: inquietud, actividad, curiosidad... Cuando viven en La Florida es frecuente ver a la pareja visitar distintos lugares de la zona —Matteros, Hammock, Tahití, los Cayos, etc.—, al principio en autobús, después conduciendo Zenobia. Los vemos viajando desde Miami a Nueva York para pasar algunas cortas temporadas visitando a parientes y amigos. El primer viaje lo hacen en barco (Camprubí, 1995: 95), el siguiente, en 1940 (Camprubí, 1995: 202-209, 215-18), en coche; éstos son los que le gustan a Zenobia porque puede detenerse donde desea y apreciar y saborear paisajes, lugares, personas... para dar una visión de todo ello en páginas posteriores (Camprubí, 1995: 229), deteniéndose siempre en el detalle, en lo mínimo pero que tiene tanto valor para ella (Camprubí, 1995: 308). En ocasiones muestra pasajes muy bellos:

Este ha sido un otoño maravilloso, tan largo y soleado, casi sin lluvia, de modo que la mudanza de las hojas ha sido larga y como suspendida en su mayor hermosura (Camprubí, 1995: 335).

Cuando están en Nueva York, mientras él trabaja ella pasa los fines de semana en la playa, en Woodmere —Long Island—, donde la familia de José Camprubí tiene su residencia en verano. También pasa

---

<sup>18</sup> Hoteles de Miami como el Albion, el Nautilus y el Sevilla (Camprubí, 1995: 170-72). Restaurantes de esta misma ciudad: Alkazar, San Sebastián y Green Candle (Camprubí, 1995: 12, 144, 172). Clubs y restaurantes de Nueva York y Washington: Butler Hall, Art's Club, Sulgrave, Congressional Club, Garfinkel, Trois Lions, Meridian Hill, Schraffs, Pierre, etc. (Camprubí, 1995: 130, 288, 340, 258, 271, 280, 285, 294, etc.).

algunos días en Litchfield, con su prima Hannah, donde se reúne con amigos de su juventud y desde donde viaja a lugares cercanos (Camprubí, 1995: 106). El resto del tiempo lleva una activa vida social: come y cena fuera de casa, se reúne con amigos a la hora del té o del cóctel, y asiste a conciertos, cine, teatro y museos. Casi nunca la acompaña Juan Ramón<sup>19</sup> —ya sabemos que no es aficionado a tanta actividad—. También realiza algún viaje a Boston para visitar a su prima Zenobia (Camprubí, 1995: 116-18). Del viaje a Buenos Aires, en 1950, sabemos por la carta que escribe a Olga Bauer (Camprubí, 1995: 333-35), y es que está viviendo un periodo de activa felicidad.

En lo escrito en 1949 Zenobia incluye dieciocho textos descriptivos (Camprubí, 1995: 318-31), en los que muestra los diferentes cuartos que ha tenido a lo largo de su vida, cada uno de ellos precedido por un título<sup>20</sup>. ¿Cuál es el motivo de estos textos? Simplemente una frase de Juan Ramón, en relación con el cuarto que ocupa en Riverdale: «“¡En la vida has tenido un cuarto tan bonito como éste!”» (Camprubí, 1995: 318). Y Zenobia nos habla de las paredes que la han acogido<sup>21</sup>, revive el pasado,

---

<sup>19</sup> Ya hemos hecho referencia a los viajes que realizan los dos en su coche cuando Juan Ramón da conferencias en la Universidad de Duke. Cuando ya viven en Washington Zenobia viaja para visitar a sus familiares (Camprubí, 1995: 282-86); en algunas ocasiones van los dos juntos a Nueva York, conduciendo Zenobia (Camprubí, 1995: 307-309).

<sup>20</sup> Mi cuarto, Malgrat, Barcelona, Sarriá, Tarragona, Valencia, Newburgh, Flushing, Amity St., [Paseo de la] Castellana, [Calle] Conde de Aranda, [Calle] Velázquez, [Calle] Padilla, Cuba, Coral Gables, Washington, Riverdale y [Buenos Aires] (Camprubí, 1995: 318-31).

<sup>21</sup> De la casa de Malgrat recuerda lo grande que era su cuarto y la «seguridad de la gran cama hospitalaria» de su madre (Camprubí, 1995: 319). Su segunda habitación fue compartida con la abuela, en el hermoso piso del Paseo de Gracia; de ella guarda más y más precisos recuerdos: su primera biblioteca —antes de los ocho años—, sus primeros vestidos y el primer recuerdo triste: la muerte de la abuela (Camprubí, 1995: 321). El primer cuarto para ella sola es el de la casa de Sarriá: pequeño, daba al jardín y se completaba con una salita contigua, exclusiva para Zenobia —aquí vivió de los nueve a los doce años—. En este cuarto Zenobia comenzó a sentir responsabilidad e independencia: «la estancia en esta casa no era del todo feliz por la sombra de papá y porque Raimundito se empezó a “descarriar”» (Camprubí, 1995: 323). Desde su cuarto de Tarragona veía el mar y, durante su estancia en esta casa, despertaron en ella nuevos sentimientos: ya se iba haciendo una señorita.

La vida en Valencia fue gris y aburrida; sentimiento fuerte que hasta borró el recuerdo de su cuarto: «¡Parecía que la vida se había secado!» (Camprubí, 1995: 325). De la habitación que ocupó en Newburgh —cerca de Nueva York— lo mejor era la vista: el río, helado en invierno y azul en verano. Instalada en Nueva York, en el área residencial de Flushing, fue completamente feliz; no era sólo su pequeño cuarto, dando sobre árboles y praderas, era también el ambiente y la cantidad de amistades que tenía. Con ello nos anticipa la faceta de su carácter que después mostrará tantas veces. Viviendo en la casa de Amity St., Zenobia se da cuenta de la realidad de su familia, de las estrecheces económicas, si se compara con la familia de su madre. De regreso a Madrid, ocupa un dormitorio, el último antes de su boda, cuyo balcón da a la Castellana. No fue



acto que denomina «mi deleitable recuento» (Camprubí, 1995: 319). A simple vista, estos textos nos dan a conocer el contexto, el marco en el que se desarrolla la vida de Zenobia, pero en ellos hay algo más que es lo que nos interesa por tratar aquí de la autodiégesis en la autora. Gracias a ellos conocemos el devenir de la familia de Zenobia y de los sentimientos de ésta con respecto a aquella: la falta de entendimiento con su padre, el «descarrió» de su hermano Raimundito, la marcha de éste a Suiza y la opinión que le merece a Zenobia —«un sin fundamento» (Camprubí, 1995: 325)—; la enfermedad de su hermano José a causa del trabajo, su matrimonio; las malas relaciones de Raimundo y su madre; la difícil convivencia entre Zenobia y su padre, la falta total de cariño hacia él; el miedo de Zenobia a conocer a alguien y casarse porque implicaría que no podría organizar su vida en EE.UU.; el empleo de dos dormitorios desde los primeros tiempos de su matrimonio, para terminar con el sentimiento que embarga a Zenobia pocos días antes de cumplir sesenta y dos años: «Al fin me estoy poniendo vieja» (Camprubí, 1995: 330).

En conjunto son textos sencillos como lo es su autora, de tono descriptivo con algunas notas intimistas, tal y como acabamos de recoger, que son un claro ejemplo de la injerencia de la biografía en el diario íntimo, posiblemente sin que la autora sea consciente, en ocasiones, de ello. La ordenación que Zenobia hace del pasado, del conjunto de toda su vida es muestra clara de que estamos en terreno autobiográfico (May, 1982: 176-83). El lapso de tiempo que hay entre el pasado en el que ocurrieron los hechos y el presente permite que el recuerdo haya reposado en la memoria; ha perdido frescura pero ha sobrevivido al paso del tiempo, prueba de que lo que queda es lo importante para ella. El recapitular etapas de su vida le obliga a situar lo que es en la perspectiva de lo que ha sido (Gusdorf, 1991: 13).

---

feliz en él; allí tuvo que abandonar la idea de regresar con toda la familia a EE.UU., para establecerse en ese país, y aceptar la de organizar su vida en España.

El primer dormitorio de casada fue el de la Calle Conde de Aranda: triste pero cómodo, con vistas a un patio. En la siguiente casa, de nuevo, tuvo dormitorio propio. Muerto su padre, la madre fue a vivir con ellos y cambiaron de piso, ahora en la calle Velázquez; el dormitorio del matrimonio daba al Guadarrama, «unas veces nevado y otras azul» (Camprubí, 1995: 329). Es la casa que más gustó a Zenobia. Nuevamente cuartos separados en la Calle Padilla.

A partir de aquí sus restantes dormitorios estuvieron en el extranjero. En La Habana, en un hotel con vistas al Caribe; en Coral Gables, los dormitorios eran «confortables y americanísimos» (Camprubí, 1995: 330). En Washington, el cuarto de Zenobia daba, por un lado, «sobre chopos» y, por el otro, a «horizontes lejanos» (Camprubí, 1995: 330). El último dormitorio que recoge, en el que escribe estos textos, es el de su casa de Riverdale, que es claro y da al jardín, a la frondosidad de los robles. Pero a Zenobia no le gusta la casa: «este ambiente espantosamente limitado y pequeño burgués que me asfixia» (Camprubí, 1995: 331).

---

Zenobia recuerda y nosotros conocemos etapas de su vida, a la vez que percibimos los posos que ésta ha dejado en su alma.

### Referencias bibliográficas

- AMIEL, H.F. (1996). *En torno al diario íntimo*. Edición de R. Jaccard, Traducción y prólogo de L. Freixas. Valencia: Pre-Textos.
- BERASÁTEGUI, B. (1997). «Historia de Marga». *ABC Literario* 275, 7-2-1997, 16-25.
- BLANCHOT, M. (1996). «El diario íntimo y el relato». *Revista de Occidente. El Diario íntimo. Fragmentos de diarios españoles* 182-183, 47-54. Traducción de P. de Place.
- BOU, E. (1996). «El diario: periferia y literatura». *Revista de Occidente. El Diario íntimo. Fragmentos de diarios españoles* 182-183, 121-135.
- CABALLÉ, A. (1995). *Narcisos de tinta. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglo XIX y XX)*. Málaga: Megazul.
- (1996). «Ego tristis. El diario íntimo en España». *Revista de Occidente. El Diario íntimo. Fragmentos de diarios españoles* 182-183, 99-120.
- CAMPRUBÍ AYMAR, Z. (1991). *Diario 1. Cuba (1937-1939)*. Traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes. Madrid: Alianza Tres.
- (1995). *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*. Traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes. Madrid: Alianza Tres.
- CASTILLA DEL PINO, C. (1996). «Teoría de la intimidad». *Revista de Occidente. El Diario íntimo. Fragmentos de diarios españoles* 182-183, 15-30.
- CORTÉS IBÁÑEZ, E. (1994). «Zenobia Camprubí en sus escritos autodiegéticos». *Barcarola* 44-45, 191-199.
- (1996). «Juan Ramón y Zenobia en sus cartas». *Barcarola* 50, 24-27.
- DIDIER, B. (1996). «El diario ¿forma abierta?». *Revista de Occidente. El Diario íntimo. Fragmentos de diarios españoles* 182-183, 39-46. Traducción de L. Freixas.
- GIRARD, A. (1996). «El diario como género literario». *Revista de Occidente. El Diario íntimo. Fragmentos de diarios españoles* 182-183, 31-38. Traducción de L. Freixas.
- GUSDORF, G. (1991). «Condiciones y límites de la autobiografía». *Suplementos Anthropos* 29, 9-18. [Artículo traducido por Ángel G. Loureiro. Publicado originalmente en *Formen der Selbstarstellung. Analekten zu einer Geschichte des literarischen Selbstportraits. Festgabe für Fritz Neubert* (Berlín, Duncker y Humblot, 1948, 105-123).]

- LEJEUNE, Ph. (1996). «La práctica del diario personal: una investigación». *Revista de Occidente. El Diario íntimo. Fragmentos de diarios españoles* 182-183, 55-75. Traducción de L. Freixas.
- MAY, G. (1982). *La autobiografía*. Traducción de D. Torres Fierro. México: Fondo de Cultura Económica.
- MUÑOZ MILLANES, J. (1996). «Los placeres de los diarios: el caso de María Manent». *Revista de Occidente. El Diario íntimo. Fragmentos de Diarios españoles* 182-183, 136-146.
- ROMERA CASTILLO, J. (1980). «La literatura autobiográfica como género literario». *Revista de Investigación, Colegio Universitario de Soria*, 49-54.
- (1981). «La literatura, signo autobiográfico: el escritor, signo referencial de su escritura». En *La literatura como signo*, J. Romera Castillo, (ed.), 13-56. Madrid: Playor.
- SENABRE, R. (1995). Reseña de *Diario II. Estados Unidos (1939-1950)*, Zenobia Camprubí. *ABC Literario* 204, 29-9, 7.